

El río de la vida

José María Berro

Miembro del Instituto E. Mounier.

El nombre de los ríos es cosa de geógrafos y otras gentes viajeras. Para nosotros era un tramo de unos 600 metros, desde las huertas de la Arnega encima de la presa, hasta las de Añaize un vez cruzado el pueblo. Ni nacía ni no nacía en otro sitio, ni iba ni dejaba de ir a parte alguna. Sencillamente, cruzaba todo nuestro universo.

Siempre ejercía atracción. En invierno era una potencia desmedida y retadora, una presencia casi hostil y amenazante. Había que verlo sin mirarlo y oírlo sin escucharlo porque arrobaba nuestros sentidos que podían quedar atrapados en las crestas de su impetuosa corriente, y detrás de nuestros sentidos podíamos ir nosotros, embrujados, ... hechos río.

En verano se transformaba en un suave fluir de mansas aguas transparentes y blancas y espumosas corrientes, pasando a ejercer una atracción amigable pero no menos irresistible. Nosotros entrábamos en el río y él en nuestras vidas. Era el lugar preferente de nuestros juegos y pasatiempos. Nos dejaba estar; seguramente hasta nos cuidaba.

Así era el río de nuestra niñez: infinitos 600 metros inacabables, como inacabables e infinitas eran las tardes de verano con sabor a río. Sin río no existe paraíso porque es él el que lo crea. Nuestro río atravesaba nuestro paraíso y más allá no había nada, porque nunca habíamos preguntado por su existencia. Espacio y tiempo enmarcados por unos lindes fijos, y ordenados en torno a unos ejes fijos. Entorno unitario que transfería unidad a nuestra existencia. Unidad de los sentidos que hacia que tanto se pudiera oler el color del río como ver sus olores, tan envolventes eran.

Nosotros éramos una parte más de esa realidad única. Nuestros juegos, nuestras peleas, nuestros gritos y todos nuestros comportamientos eran parte previsible e inevitable, como el vertiginoso volar de los vencejos, como el suave discurrir del río o como la estática y muda presencia de los bolos de su pedregal.

Ni pretendíamos nada, ni nada nos inquietaba. Deseábamos lo que teníamos saciados, felices e ingenuos. Todo era tan simple como el río, tan claro y sencillo como el río. La vida discurría como el río

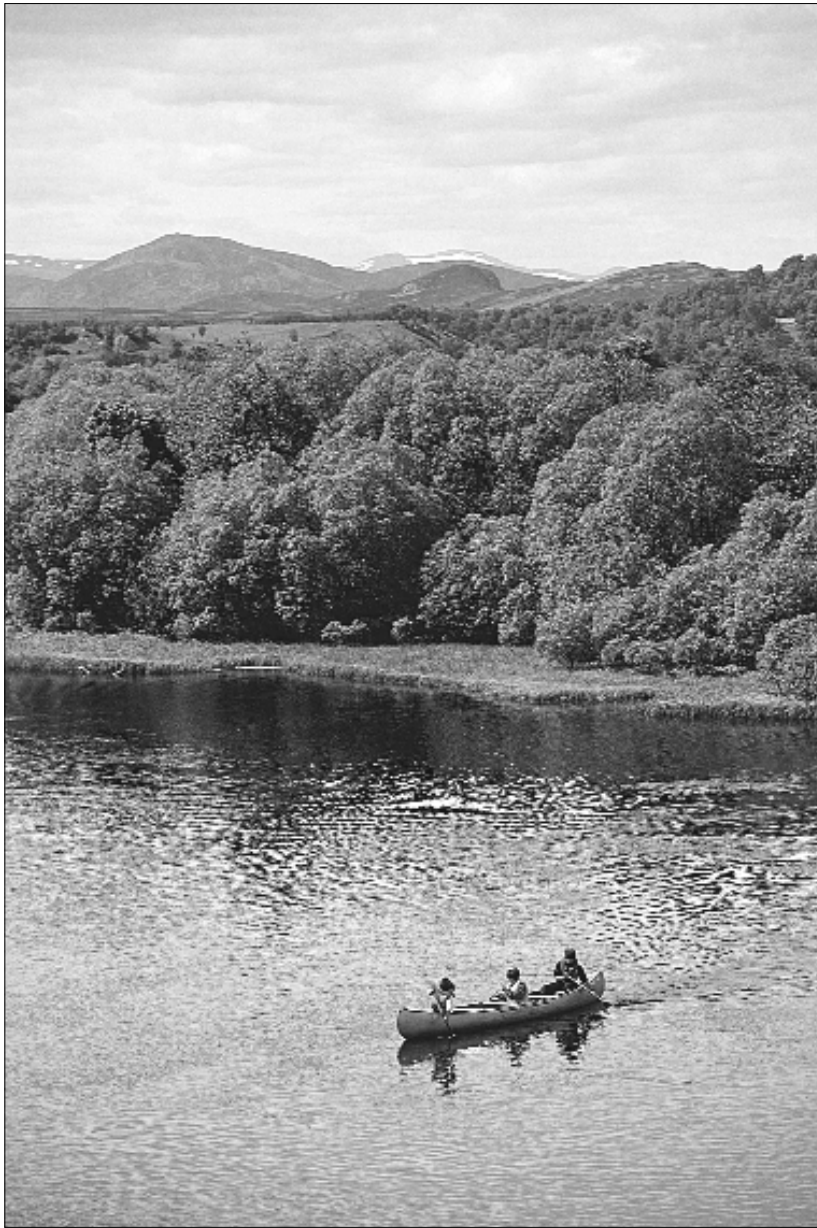
por su cauce, y todo estaba tan bien, tan perfectamente bien que hubiéramos jurado que iba a durar para siempre.

Un día nos enteramos de que aquellos 600 metros eran sólo una parte. El río venía de más arriba. Recogía todas las aguas desde Belabarce hasta Laza; cada valle de las altas cumbres aportaba su regacho, en cada línea de encuentro de las laderas se formaba un barranco, y entre todos ellos, junto con las fuentes del valle y el rezumar de cada ribazo formaban el río.

Era una noticia inquietante, pero aunque nacía en otra parte el río llegaba a Roncal; y bien está lo que bien acaba y todo hubiera podido seguir siendo bello. Pero también iba a otras partes que también un día descubrimos llevados por el río.

Fuera de Roncal el río se pierde, se vuelve loco, se mezcla con cualquiera, crece, cambia de hermosura, se vuelve feo a veces, descubre nuevas y amplias tierras pero en ninguna se detiene.

Nuestro río amigo, nuestro río apacible y sereno tiene una doble vida: pese a la apariencia de esos



600 metros, su condición es loca e insensatamente viajera y sigue ciegamente su destino que sólo el mar podrá saciar.

Sin decidirlo, sin pensarlo nosotros estábamos atrapados por el mismo mal del río: sin querer, había que salir de Roncal, ser uno mismo, romper el nosotros en el que sumergidos tan felices fuimos, conquistar la libertad, vivir la vida, abarcar el mundo.

Pero la posibilidad de elección que se presenta hermosa sólo genera un señuelo de libertad. Y el vivir la vida —que parece que puede darnoslo todo— todo nos lo va quitando, aunque sigamos viviendo rompiéndonos y buscando recuperar inútilmente lo que en el camino vamos dejando. Y el mundo, que tan amplio y abierto aparece, acaba siendo todo él, menos un rincón, lugar de exilio.

El río engañó a Atahualpa: ¡Tú que puedes, vuélvete!, y nos engañó a nosotros. El río es el único que yéndose se queda y los que de verdad nos vamos somos nosotros. La posibilidad de vuelta fue una invitación a la partida con la que nos engañó el río, sin advertirnos del peso implacable de la libertad, del paso irreversible de la vida y de que la de exiliado es una condición de la que no escapamos aún desandando el camino.

Sólo el río, que rejuvenece en cada instante, a la vez se va y se queda, y se ríe al vernos marchar y llora al ver volver a un extraño, a un exiliado en la propia tierra, en el río propio, en el río que ya nunca en su presencia actual podrá vencer el peso de los recuerdos y de la añoranza.

¿Nunca? ¡Quizá algún día!

Hay un lugar en Roncal, en lo alto de un cerro, encima justo de donde el río acaba sus 600 metros, protegido por unos lindes fijos y bien definidos, en el que el tiempo vuelve a someterse a ritmo de monotonía, lugar en el que quizás sean desandables los caminos del exilio. Ahí llueve y sólo llueve, nieva y sólo nieva, hace calor y sólo hace calor, y todo debemos soportarlo impasibles. Y vuelve a llover y a nevar y a hacer calor, y así tantas veces que quizás sea posible olvidar lo andado, lo sido, lo vivido; porque una monotonía tal no necesita memoria y corta de raíz todos los sueños.

Desde ahí no hay razón para temer al río. Se le puede ver y escuchar sin miedo a que nos subyugue ni a que su afán de partida nos contagie. Entonces será él el que se va, por mucho que se quede. Será él el que, por mucho que se quede, está de paso.